

LA DOMINACION FINANCIERA Y SU CRISIS*

En el marco del capitalismo del conocimiento y del Estado Democrático Social

LUIZ CARLOS BRESSER-PEREIRA**

La crisis financiera de 2007-2008 es la más grave desde 1929. Es una profunda crisis de confianza resultante de una cadena de empréstitos originalmente inmobiliarios, basados en deudores insolventes, que, al provocar que los agentes económicos prefieran la liquidez y cobrar en vez de renovar sus créditos, está llevando a los bancos y otras empresas financieras a una situación de quiebra, aunque sean solventes. Ahora bien, dada la reacción rápida y generalmente competente de los gobiernos de todos los países, que comprendieron la gravedad del problema y no dudaron en tomar medidas para aumentar la solvencia y garantizar la liquidez, el pánico que se apoderó de los mercados financieros en octubre de 2008 no es justificable. La crisis financiera necesariamente conllevará recesión, implicará cambio de riquezas y, lo que es peor, afectará gravemente a las familias más pobres tanto en los países ricos como en los que están en vías de desarrollo. Pero pronto la razón retornará a los mercados, las bolsas recuperarán parte de sus pérdidas y las tasas cambiarias volverán a estabilizarse. Gracias

*Traducción del portugués: Patricia West.

**Gentileza de Revista Internacional de Estudios Políticos

al Estado Democrático Social, que viene consolidándose en el mundo desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, la recesión que está comenzando en el momento en que escribo este artículo (octubre de 2008, luego de dos semanas de pánico en las bolsas de valores mundiales) no tendrá la misma violencia de la depresión que siguió a la crisis financiera de 1929.

Para comprender la crisis y tratar de prever lo que ocurrirá a continuación, no basta con afirmar que el capitalismo es un sistema económico –además de ciego a la justicia social y a la protección del ambiente– inherentemente inestable. Esto es así, pero también es cierto que, gracias al esfuerzo secular de construcción de sus respectivos Estados, las naciones más avanzadas han intentado con éxito reducir esa ceguera y esa inestabilidad. No obstante los altibajos, los avances y retrocesos que las sociedades modernas están experimentando, el progreso económico, social y político es indiscutible en la medida en que, por medio de la democracia, el Estado –aquí entendido como el sistema constitucional–legal y la organización que lo respalda– se ha transformado en el instrumento por excelencia de acción colectiva de las naciones. El resultado es el Estado Democrático Social constituido especialmente en Europa, una forma de Estado que el neoliberalismo, ideología derivada de la coalición política que designo “dominación financiera”, intentó extinguir desde el momento en que alcanzó el poder a inicios de los años 80, a pesar de lo cual no alcanzó su objetivo: el Estado mínimo y los mercados autorregulados. Al contrario, esa dominación financiera, demostrando su carácter irracional, tuvo como resultado último la crisis actual, una crisis que probablemente determinará la pérdida de su condición preponderante a favor de coaliciones políticas más amplias y democráticas.

Hechos conocidos

Hay una serie de hechos incontestables respecto de esta crisis financiera. Primero, sabemos que es una crisis esencialmente bancaria que acontece en el centro del capitalismo. No es, en conse-



D. Stolcius von Stolzenberg, *Viridarium chymicum*, Frankfurt, 1624.

cuencia, una crisis financiera de balanza de pagos, común entre los países en desarrollo que intentaban hasta los años 1990 crecer con ahorro externo, o sea, con déficit en cuenta corriente y endeudamiento externo. Es cierto que grandes déficits en cuenta corriente marcaron la economía norteamericana en esta década, en combinación con grandes déficits públicos, y que esos déficits gemelos no son extraños a la presente crisis bancaria. Por eso, la falta de confianza no está sólo en las instituciones financieras y en el mercado; está también en la economía norteamericana como un todo, gravemente debilitada por políticas cambiarias y fiscales equivocadas¹; pero esos déficits no son la causa principal de la presente crisis.

Segundo, sabemos que la causa directa de la crisis fue la concesión de préstamos hipotecarios, de forma irresponsable, a prestatarios que no tenían capacidad de pago o que no la tendrían a partir del momento en que la tasa de interés comenzase a subir, como de hecho sucedió. Y sabemos también que ese hecho no habría sido tan grave si los agentes financieros no hubiesen recu-

rrido a precipitadas “innovaciones financieras” para dotar de más seguridad a los títulos de baja categoría, transformándolos en títulos AAA y seguidamente “garantizarlos”, también irresponsablemente, con el recurso *Credit Default Swaps* (CDS)². Sabemos también que las agencias de riesgo, por un lado interesadas en complacer a sus clientes, por otro, subyugadas como toda la sociedad por el aparente éxito de la globalización financiera en los países ricos (especialmente, en los Estados Unidos y en Gran Bretaña), no estaban en condiciones de evaluar los riesgos entrañados.

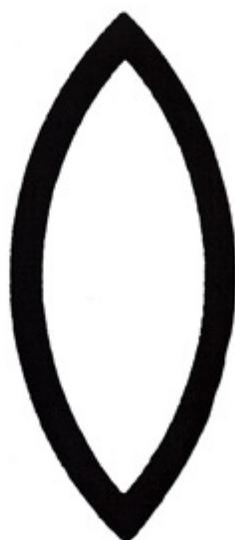
Tercero, sabemos que todo esto es posible porque los sistemas financieros nacionales fueron sistemáticamente desregulados desde que, a mediados de los años 70, comenzó a formarse la corriente ideológica neoliberal o fundamentalista de mercado. Para el neoliberalismo, los mercados son siempre eficientes o, por lo menos, más eficientes que cualquier intervención correctiva del Estado y, por lo tanto, pueden perfectamente ser autorregulados. Para esta ideología que, desde el gobierno de Reagan, se transformó en el instrumento del *soft power* norteamericano, éste era el sistema económico más eficiente, compatible exclusivamente con el Estado Democrático Liberal aún dominante en Estados Unidos. Era el único camino no sólo para los países ricos de Europa, que habían construido el Estado Democrático Social y debían ahora desmontarlo, sino también para los países de renta media que, como sucedió con todos los países ricos en la correspondiente fase de desarrollo económico, crecieron con un mayor grado de intervención del Estado, en el marco del Estado Desarrollista (sólo más tarde, privatizaron y redujeron esa intervención). De acuerdo con la ideología neoliberal, la alternativa de desarrollo más avanzada de Europa sería el “intervencionismo superado”; mientras que la estrategia nacional de los países en desarrollo es el “populismo tercermundista”.

Cuarto, sabemos que esa ideología ultraliberal era legitimada en los Estados Unidos por la teoría económica neoclásica —una escuela de pensamiento que prevaleció entre 1870 y 1930, que luego entró

en crisis y fue sustituida por la teoría macroeconómica keynesiana, que se impuso en las universidades hasta mediados de los años 70 y que volvió a su condición dominante por razones esencialmente ideológicas—. Economistas como Milton Friedman, James Buchanam, Mancur Olson, Robert Lucas, Kydland y Prescott apuntaron sus armas teóricas contra el Estado y se encargaron de demostrar “científicamente”, matemáticamente, que el credo neoliberal era correcto, usando para eso los presupuestos del *homo economicus*, de las “expectativas racionales” y de la “escuela racional”, y un método de investigación teórico hipotético-deductivo, que no puede predominar en una ciencia social como es la economía.

Quinto, sabemos que ese tipo de teoría económica no fue utilizado ni por los formuladores de política macroeconómica de los gobiernos ni por los analistas de la coyuntura macroeconómica en diarios y publicaciones especializadas y en empresas. No fueron utilizados porque, pragmáticamente, formuladores y analistas de la política macroeconómica sabían que la teoría neoclásica no tenía ninguna fuerza predictiva; y también, porque la propia teoría macroeconómica neoclásica reconoce ese hecho al presuponer que los mercados son eficientes, prescindiendo, por lo tanto, de cualquier política económica, excepto la de ajuste fiscal. El resto debía ser liberalizado, desregulado, dado que los mercados serían autorregulados. Como los gobiernos y los analistas precisaban orientar su política monetaria, continuaron usando el instrumental keynesiano de forma pragmática. Los experimentos macroeconómicos neoclásicos fueron reservados para los países en desarrollo. Ya en relación con la microeconomía —o sea, la teoría del funcionamiento de los mercados—, el comportamiento fue otro porque, aunque la microeconomía marshalliana no constituya un modelo para los sistemas económicos reales, es un buen instrumento para el análisis de mercados, siempre y cuando no presupongamos que estos marchan hacia el equilibrio general³. Es de la microeconomía neoclásica y de su modelo mayor —el modelo de equilibrio general— que derivan la eficiencia intrínseca y el carácter autorregu-

lado de los mercados. Fue, en consecuencia, con base en esa área de la teoría económica que se promovió irresponsablemente la desregulación de los mercados financieros. En el caso de la política macroeconómica, los países ricos liderados por los Estados Unidos lograron escapar de sus recomendaciones, reservadas a los países en desarrollo que aceptaran la ortodoxia convencional; no escaparon, sin embargo, de la prescripción microeconómica desreguladora y así acabaron por reaccionar como el escorpión que muerde su propia cola.



Signo de la mandorla.

Sexto, cuando ahora vemos al Estado surgir en cada país como única tabla de salvación, como único puerto seguro, resulta evidente la absurda oposición entre mercado y Estado postulada por neoliberales y neoclásicos. Los liberales pueden oponer el gerenciamento del mercado al del Estado, pero no pueden colocarse, como lo hicieron, contra el Estado, buscando reducirlo y debilitarlo. El Estado es mucho mayor que el mercado; es el sistema constitucional-legal y la organización que lo respalda; es el instrumento por antonomasia de acción colectiva de una nación. Cabe

al Estado regular y garantizar el mercado y, como ocurre ahora, actuar como prestamista de última instancia.

Capitalismo profesional y Estado Social

En medio de la crisis financiera global, el presidente Lula, al recibir en Toledo el premio Don Quijote, el 12 de octubre de 2008, declaró que este es el momento del “regreso de la política y del Estado”. Tiene razón. Después de 30 años de irracionalidad neoliberal o ultraliberal, la sociedad mundial debe darse cuenta de que la política es la expresión de la libertad humana, y el Estado, la proyección racional de esa libertad.

Hoy vivimos en la era del capitalismo del conocimiento, de la globalización, de la dominación financiera, pero vivimos también en los tiempos del Estado Democrático Social y, por lo tanto, de la democracia. El capitalismo del conocimiento (o profesional o tecnoburocrático) es la etapa del capitalismo que comienza después de la Segunda Guerra Mundial, en la cual una nueva clase profesional que trabaja en grandes organizaciones públicas y privadas pasa a compartir poder y privilegios con la clase capitalista. La globalización, a su vez, es la forma que asumió ese capitalismo del conocimiento después de los 30 años gloriosos (1945-1974); es el momento de la historia en el cual los mercados se abrieron y los Estados-nación o países pasaron a ser la única unidad político-territorial soberana sobre la superficie de la tierra⁴. El Estado Democrático Social, en tanto, es la forma de Estado o de régimen político que prevaleció especialmente en Europa en la segunda parte del siglo XX, sucediendo al Estado Democrático Liberal de la primera mitad de ese siglo y al Estado Liberal del siglo XIX.

El capitalismo profesional no entraña necesariamente una “dominación financiera”, esto es, una coalición política que reúne a una “aristocracia” de agentes financieros altamente calificados desde el punto de vista técnico con una burguesía rentista que vive de alquileres, intereses y dividendos, pero fue eso lo que sucedió hasta que la actual crisis financiera viniera probablemente a ponerle

fin. El neoliberalismo, por su parte, fue la ideología que esa coalición financiera, imperante desde los años 1980 en los Estados Unidos y en Gran Bretaña, utilizó para justificar su poder y sus privilegios. La teoría económica neoclásica, finalmente, fue la arrogante doctrina por detrás del neoliberalismo y la dominación financiera que buscó demostrar científica y matemáticamente la eficiencia de los mercados y su carácter intrínsecamente autorregulado.

En otras palabras, durante 30 años, una clase de profesionales o *golden boys* de las finanzas se alió a accionistas capitalistas y a una clase media conservadora y, alzando la bandera del Estado mínimo y de la desregulación, alcanzó la supremacía ideológica primordialmente en los Estados Unidos y en Gran Bretaña, bajo el liderazgo de Ronald Reagan y de Margaret Thatcher. Inspirada por intelectuales neoliberales, que desde los años 1960 han sometido la política a la lógica del mercado, la nueva coalición política declaró la “guerra del mercado contra el Estado”. Buscaba, así, debilitar al Estado; primero, porque era colocado en pie de igualdad con el mercado; segundo, porque podría aprovechar esa brecha para enriquecerse.

La irracionalidad de la dominación financiera

La guerra era irracional porque, en vez de limitar los eventuales excesos de intervención del Estado en la economía, atacó al propio Estado. Porque ignoraba que el Estado es la mayor institución de cada sociedad, que es el resultado de un esfuerzo secular de construcción política de un sistema constitucional-legal y una administración pública que lo garantice. Olvidaba que es por medio del Estado que los hombres y las mujeres, en el ejercicio de la política, regulan su vida social, estableciendo sus instituciones normativas y de organización fundamentales, entre ellas, la democracia y el mercado. Este último se torna realmente significativo como institución complementaria en la organización de la sociedad sólo con la emergencia del capitalismo. Por eso, el capitalismo será llamado economía de mercado. La organización económica de una sociedad caracterizada por una creciente

división del trabajo y, por lo tanto, por una inmensa complejidad solamente es posible si el Estado cuenta para esa tarea con la colaboración del mercado.

Esas verdades elementales fueron ignoradas por los *golden boys* de la clase profesional financiera, casi todos entrenados en escuelas de economía neoclásica. Estos no pudieron o no quisieron comprenderlas, al pretender sustituir el Estado Social y efectivamente regulador por mercados autorregulados. No era la verdad lo que les interesaba sino la ganancia económica, que fue enorme. Para tener una idea, en las bolsas norteamericanas, las empresas financieras representaban el 5,2 por ciento del valor total de mercado financiado; en 2007, ese porcentaje se había multiplicado por más de cuatro, alcanzando el 23,5 por ciento⁵.

Pero, ¿es necesario hablar de profesionales de las finanzas asociados a capitalistas rentistas? ¿No es más simple explicar el fenómeno sólo con la clase capitalista? Sin embargo, no encuentro razonable esta explicación. Basta ver las remuneraciones extraordinarias recibidas por los altos ejecutivos y, más comúnmente, por los agentes financieros profesionales. En su edición del 19 de octubre de 2008, el titular de *Le Monde* anunciaba: “El enriquecimiento de los banqueros causa escándalo”, completado en la página 9 por el título “Disciplinar las remuneraciones colosales de Wall Street”. El artículo, más allá de mencionar los diversos planes que los gobiernos comienzan a considerar para controlarlas, informaba, como ejemplo, que en 2007 la remuneración del *Chief Executive Officer* de los bancos Goldman Sachs, JP Morgan Chase y del Bank of America fue, respectivamente, de 53,5, 30,4 y 16,4 millones de dólares. Y aclaraba también que la remuneración media de los funcionarios de Goldman Sachs fue en ese año de 662 mil dólares, cuando la remuneración media de los trabajadores estadounidenses era de 50 mil dólares. No nos engañemos con la expresión “banqueros” aplicada a los tres primeros. Dicha expresión no se aplica más a miembros de la clase capitalista o burguesa, que es cada vez más inactiva y se contenta con dividendos. Los banqueros actuales son miembros de la clase profesional

que escalaron a esas altas posiciones y obtuvieron esas increíbles remuneraciones de forma meritocrática, en la medida en que se prepararon técnica y políticamente para ello. Naturalmente, sus enormes ganancias los transforman en capitalistas, pero es importante no confundirlos con un sector de éstos que desciende de la clase capitalista misma.

La crisis financiera de 2007-2008 está asociada a la dominación financiera, o sea, a una coalición política particular que se aprovechó de la globalización comercial, de la apertura de los mercados de bienes, para alcanzar también la globalización financiera y, de esa manera, enriquecerse. Pero esa estrategia iba a terminar necesariamente en crisis porque era esencialmente irracional: pretendía sustituir al Estado por el mercado. Buscaba, contradictoriamente, volver al siglo XIX, cuando el Estado era mínimo, correspondiendo a menos del 10 por ciento del PBI, e ignorando que el Estado Social representa hoy cerca del 40 por ciento del PBI. Esta conducta manifestaba una coalición reaccionaria, al no entender que ese objetivo era inviable en sociedades democráticas modernas, en las cuales los ciudadanos esperan del Estado una serie de servicios y seguridades. Y, lo que es más grave, la dominación financiera no comprendió que para organizar las sociedades complejas de hoy –las sociedades del capitalismo del conocimiento– no bastan mercados cada vez más eficientes: se necesita un Estado cada vez más capaz y más democrático. Existe una estrecha relación entre el grado de desarrollo económico y de complejidad de una sociedad y la capacidad de su Estado para organizarla o regularla. No es debilitando sino fortaleciendo al Estado que realizamos los grandes objetivos políticos de libertad, justicia y bienestar. Por no haber sabido interpretar esas verdades básicas, el neoliberalismo nos condujo a la crisis actual. Será por medio de la política y del Estado que la superaremos.

¿Por qué no limitarse a un análisis económico?

Todavía hay una pregunta en danza. En vez de discutir la dominación financiera y a los *golden boys* tecnoburocráticos, ¿no sería

más sencillo quedarnos con un abordaje exclusivamente económico y afirmar que el capitalismo es intrínsecamente inestable? ¿Que las olas de especulación y las burbujas financieras son inherentes a él? O, en otros términos, ¿no sería mejor simplemente repetir, con los grandes economistas como Marx, Keynes, Galbraith y Minsky, que, dada la codicia de los seres humanos, el capitalismo se caracteriza por la especulación financiera y por grandes auges con sus correspondientes *crashes*, desde la crisis de los tulipanes, en Holanda, en el siglo XVII? Galbraith, por ejemplo, en 1979, nos hablaba sobre la locura repetitiva de todas las crisis:

“Aunque la especulación se base en recursos prestados, necesita ser sustentada por quienes participan de ella. Si el ahorro crece rápidamente, las personas invertirán un valor marginal menor en su acumulación; serán propensas a arriesgar parte de este valor en la expectativa de un rendimiento mucho más lucrativo. La especulación llevará más fácilmente a una crisis después de un período sustancial de prosperidad que en una fase inicial de recuperación de una depresión⁶.

No tengo ninguna discrepancia en relación con tal perspectiva, cuya presentación más completa fue realizada por Hyman Minsky. Según este gran economista poskeynesiano, la inestabilidad financiera es inherente al capitalismo porque las inversiones de los empresarios están basadas en la expectativa de lucro y en la disponibilidad de crédito. Siempre esperan un lucro superior a los costos financieros, pero en ese proceso está implicado un alto riesgo, dado que los ingresos son inciertos, mientras que el costo de los préstamos es conocido. En el inicio del ciclo, existe demanda reprimida y las empresas ven confirmadas sus previsiones. Las condiciones son cada vez más favorecedoras. Sin embargo, en la medida en que las empresas se endeudan, se vuelven cada vez más vulnerables a los cambios no previstos en la tasa de interés, de ganancia o de cambio. En un momento dado, las expectativas cambian de dirección, pero las empresas continúan endeudándose, ahora de manera Ponzi⁷, sólo para pagar

intereses. Y así, cuando se profundiza el desencuentro entre lo realizado y las expectativas, la contracción del crédito y la crisis financiera resultan inevitables⁸.

Desvío irracional

Estos análisis son correctísimos. Ahora bien, para comprender la crisis actual, cuando adiciono la variable estructural de clase social —el capitalismo del conocimiento— y una variable política —el Estado Democrático Social— y la defino no sólo como una crisis financiera sino también de la coalición política establecida entre capitalistas rentistas y profesionales financieros, lo que estoy afirmando es que existe en ésta una contradicción que no existía en las crisis del capitalismo industrial o clásico. En éste, la figura dominante era la del capitalista individual activo —el empresario schumpeteriano—, motivado por la voluntad de realización personal, por el lucro, por la acumulación de capital y por las fusiones y adquisiciones que expanden su poder y demuestran su éxito personal. Se trata de un agente “racional”, que busca los medios más adecuados para alcanzar el objetivo deseado, pero su racionalidad, además de instrumental, es limitada. Keynes nos recuerda que la inversión depende tanto de la diferencia entre el lucro esperado y una tasa de interés como del *animal spirit* de los empresarios. Si nos quedamos tan solo con ese personaje en nuestra historia, concluiríamos que no hay esperanza de que el capitalismo vaya a estabilizarse. Que es y siempre será un sistema económico inestable.

Si, por el contrario, incluimos al profesional en este cuadro no sólo como dirigente de empresa sino también de la propia organización estatal, la perspectiva cambia. El profesional es un técnico, un especialista, es alguien cuyo poder deriva fundamentalmente de sus conocimientos y de su capacidad de tomar decisiones racionalmente. La codicia también lo asalta y lo atemoriza en la empresa, pero él es teóricamente más resistente a ella porque sabe que los controles sociales son más poderosos. En las organizaciones públicas, él asocia su ambición de ser electo o ascender en la jerarquía del Estado con los principios de interés público.



Espiral, Bola de piedra, Glas Towie, Escocia, tercer milenio a.c.

A su vez, el panorama político del Estado Liberal es muy diferente del panorama del Estado Democrático Social. Mientras el empresario schumpeteriano es débilmente regulado por el Estado Liberal, hoy los profesionales tanto privados como públicos operan en el marco de un Estado Democrático Social, un Estado poderoso que expresa la voluntad política de las tres grandes clases del capitalismo contemporáneo: la capitalista, la profesional y la trabajadora; es el resultado de los compromisos, de las concesiones mutuas a las que esas clases llegaron para construir un régimen político democrático. Los agentes financieros, por consiguiente, operan hoy en un ambiente político en el cual la responsabilidad de todos es mucho mayor, ya sea porque formalmente las sociedades democráticas disponen cada una de un Estado más capaz que el Estado Liberal, de un Estado dotado de gran poder de regulación y fiscalización, ya sea porque informalmente toda sociedad y su prensa tienen mayor capacidad de control o responsabilidad social.

El Estado, desde la intuición genial de Hegel, siempre fue la expresión de la razón humana. No porque fuera intrínseca-

mente racional –sabemos perfectamente que eso no es verdad– sino porque el Estado es la gran construcción racional en la que están comprometidas las sociedades modernas. El Estado antiguo era un Estado al servicio exclusivo de una aristocracia militar y religiosa y la primera forma del Estado moderno; el Estado absoluto tuvo esa misma característica, pero fue de corta duración. Ya a finales del siglo XVII comenzaba a ser sustituido por el Estado Liberal que, en el siglo XIX, se tornó predominante. Fue esa forma de Estado la que afirmó los derechos civiles y las libertades y garantizó el Estado de derecho, pero era aún un Estado burgués, dominado por una minoría. En el siglo XX, a partir de la garantía del sufragio universal, la democracia pasó a ser el régimen político imperante en los países más avanzados, lo que significó una ampliación considerable del pacto político por detrás del Estado. El Estado dejaba de ser liberal para asumirse democrático. A ese Estado Democrático, sin embargo, correspondía aún una democracia de elites en los términos descritos por Schumpeter⁹: las naciones o sociedades civiles en los Estados-nación modernos pasaron a ser dirigidas por el Estado Democrático que, en la segunda mitad del siglo, evolucionó en un Estado Democrático Social. Esta forma de Estado fue el corolario de un largo y difícil proceso histórico; fue el resultado de la política, entendida aquí como el ejercicio de la libertad para organizar el Estado y gobernarlo de acuerdo con el interés público. Su tarea fue la de regular el capitalismo, un nuevo y poderoso sistema económico controlado por el mercado, un tigre fuerte, flexible y dinámico, pero ciego a los grandes objetivos políticos de la modernidad: la seguridad, la libertad, el bienestar, la justicia social y la protección de la naturaleza. La política y su construcción –el Estado Democrático Social– fueron la respuesta hallada.

Por estos motivos, sería razonable pensar que el mundo ya debería tener condiciones políticas para evitar una crisis como la que estamos atravesando. Como esa previsión no se reveló verdadera, no obstante el avance social (representado por el surgimiento de la clase media profesional) y político (expresado por el Estado

Democrático Social); como la dominación financiera, usando la ideología neoliberal y la teoría económica neoclásica como sistema de legitimación o justificación, logró asumir el poder en el Estado Democrático y aumentar de forma extraordinaria su participación en el excedente económico producido por el capitalismo, debemos concluir que ella misma, y la crisis que produjo, no es la tendencia general del desarrollo capitalista, como muchos afirmaron, sino un desvío; es más una anomalía, una irracionalidad, que una regla. Es el resultado de una coalición política perversa –la dominación financiera– que unió en una aventura reaccionaria a un sector de la clase profesional (los profesionales o *golden boys* financieros) con la clase capitalista. No es una fase histórica del capitalismo, como lo son el capitalismo profesional y la globalización, sino un proceso irracional que probó tener corta vida. La dominación financiera, por medio del consenso de Washington o de la ortodoxia convencional, como prefiero denominar, causó grandes perjuicios a los países en desarrollo que adoptaron sus consejos y presiones. Al mismo tiempo, esa coalición política no perdonó a los países ricos, especialmente a aquellos que más se dejaron seducir por el neoliberalismo y que más se involucraron en la especulación financiera irracional que derivó en la crisis financiera de 2007-2008.

Conclusión

¿Qué cabe esperar en un futuro próximo? Cualquier conjetura es arriesgada pero, en medio de la turbulencia de la crisis, debemos recordar que el resto de la clase profesional, los capitalistas más orientados hacia la producción y los trabajadores no perderán la cabeza. El debilitamiento del Estado que tanto anhelaba el neoliberalismo no se concretó, excepto en algunos países más pobres y en países de renta media latinoamericanos, como Brasil. Fracásó en los mismos países ricos, donde el Estado Social no se desmanteló y la carga tributaria no fue disminuida sino ligeramente aumentada en los últimos 30 años, y en los países de Asia que mantuvieron su Estado Desarrollista. Ahora, los Estados que

las respectivas naciones construyeron en cada país son la única y gran fuente de seguridad para todos. Sus políticos, que también se dejaron llevar por el canto de sirena neoliberal, ya comprendieron el error en que incurrieron y, preocupados saludablemente por sus reelecciones, están tomando medidas de corto plazo (posteriormente, tomarán medidas estructurales) para subsanar el problema. Una amplia reestructuración del sistema de *gobernanza* financiera mundial está en marcha.

Los agentes económicos, amedrentados, se resisten a recuperar la confianza, pese a las enérgicas medidas que están tomando todos los gobiernos. Dos factores, más allá de la misma gravedad de la crisis, contribuyen a profundizar la desconfianza en el momento en que escribo este trabajo: por un lado, el debilitamiento de la hegemonía norteamericana en los años 2000 no sólo en razón de los déficits gemelos sino también de la guerra de Irak, de los abusos contra los derechos humanos y de la instrumentación de la democracia como forma de dominación; por otro, un error grave y puntual cometido por el Tesoro norteamericano: no haber salvado al Lehman Brothers. Los bancos grandes no pueden ir a la quiebra; el riesgo de crisis sistémica es muy grande. Fue a partir de esa decisión que la situación financiera mundial entró en franco deterioro. El salvataje de la AIG al día siguiente, el paquete de 700 mil millones de dólares para dar solvencia a los bancos, la decisión de Gran Bretaña y, después, del área Euro y de los Estados Unidos de capitalizar los bancos, nacionalizándolos parcial y provisoriamente, las garantías dadas a los depositantes, más allá del fuerte aumento de la liquidez, y las reducciones coordinadas de intereses muestran que, en la perspectiva de la globalización, las naciones están siendo capaces de construir un sistema político y de sincronizar sus acciones, pero aún no lograron devolver estabilidad a los sistemas financieros.

La resistencia de los mercados financieros a las acciones de los gobiernos es una demostración de su irracionalidad —de su clásico comportamiento irreflexivo y de manada—. Pero, al final, la confianza volverá y la crisis pasará a la historia. Dejará grandes

cicatrices en Estados Unidos, que no se mostró a la altura del poder hegemónico que alcanzó en 1989, luego del colapso de la Unión Soviética, y que fue el origen de la crisis. Acarreará perjuicios para todos, incluso recesión en los países ricos durante dos años, probablemente. Pero no tendremos nada parecido a la depresión de los años 30 porque, en aquella época, el gobierno norteamericano demoró casi cuatro años en reaccionar. Ahora, utilizando instrumentos keynesianos y pragmáticos, no sólo el gobierno estadounidense sino todos los gobiernos relevantes desde el punto de vista financiero están actuando inmediatamente y con energía. Y son gobiernos que tienen por detrás Estados fuertes, democráticos, dotados de legitimidad política y de recursos fiscales voluminosos. No hay razón para que no sean, por fin, exitosos y la confianza sea recuperada. ■

1. BRESSER-PEREIRA, L. C. "Economia política da desgovernança global". *Estudos Econômicos*, v.37, nº3, pp 463-86, 2007.

2. Un Credit Default Swap (CDS) es un contrato entre dos partes en el que una de las partes compra protección sobre el riesgo de default (no pago) de una cierta cantidad de bonos o deuda, de una determinada compañía, durante un plazo especificado, y la otra parte vende esta protección.

3. Obsérvese que Marshall –el único gran economista neoclásico- adoptó el método hipotético-deductivo, pero lo hizo para desarrollar una microeconomía instrumental, apropiada para comprender los mercados abstractamente y sólo como un instrumento para el análisis macroeconómico de los sistemas reales. Sobre este tema, ver Bresser-Pereira, "The two methods and the hard core of economics". *Journal of Post Keynesian Economics*, s. d. disponible en: <<http://www.bresserpereira.org.br>>

4. O sea, terminó el tiempo de los imperios. Estos son la unidad político-territorial por excelencia de las sociedades precapitalistas o sociedades agrario-letradas, como argumentó Ernest Gellner, aunque durante el siglo XIX hubo una forma transitoria de imperialismo, ya en el marco del capitalismo, cuya máxima expresión fue el imperio británico.

5. Cf. *The Economist*, 18 de octubre de 2008, p. 76.

6. GALBRAITH, J. K. *The Great Crash 1929*. Boston: Houghton Mifflin Co., 1979. p. 170.

7. El esquema Ponzi es una operación fraudulenta de inversión, que implica el pago de prometedores o exagerados rendimientos (o utilidades). En realidad, esta estafa consiste en un proceso en el que las ganancias que obtienen los primeros inversionistas son gene-

radas gracias a nuevos inversores que caen engañados por las promesas de obtener grandes beneficios. El sistema sólo funciona si crece la cantidad de nuevas víctimas. Es una forma sofisticada de pirámide económica.

8. MINSKY, H. M. *Stabilizing an unstable economy*. New Haven: Yale University Press, 1986.

9. SCHUMPETER, J. *Socialism, capitalism and democracy*. 3ra. ed. New York: Harper & Brothers, 1950.